

Karl Marx

El capital. Crítica de la economía política

Antología

Selección, introducción y notas
de César Rendueles



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie*

Traducción de: Manuel Sacristán

Primera edición: 2010

Décima reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección, introducción y notas: César Rendueles

© de la traducción y notas: Herederos de Manuel Sacristán Luzón

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7426-1

Depósito legal: M. 42.065-2010

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Introducción, de César Rendueles
- 51 El capital. Crítica de la economía política
 - Libro primero. El proceso de producción del capital
 - 55 Prólogo a la primera edición
 - 61 Epílogo a la segunda edición
 - 71 Sección primera. Mercancía y dinero
 - 71 Capítulo primero. La mercancía
 - 71 1. Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor (sustancia de valor, magnitud de valor)
 - 79 2. Dúplice carácter del trabajo representado en las mercancías
 - 87 4. El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto
 - 98 Sección segunda. La conversión de dinero en capital
 - 98 Capítulo cuarto. Conversión de dinero en capital
 - 98 1. La fórmula general del capital
 - 109 2. Contradicciones de la fórmula general
 - 119 3. Compra y venta de la fuerza de trabajo
 - 131 Sección tercera. La producción de la plusvalía absoluta
 - 131 Capítulo quinto. Proceso de trabajo y proceso de valorización

131	1. Proceso de trabajo
135	2. Proceso de valorización
144	Capítulo sexto. Capital constante y capital variable
152	Capítulo séptimo. La tasa de plusvalía
152	1. El grado de explotación de la fuerza de trabajo
158	Capítulo octavo. La jornada de trabajo
158	1. Los límites de la jornada de trabajo
163	2. El hambre voraz de plustrabajo. Fabricante y bo- yardo
167	3. Ramas industriales inglesas sin limitación legal de la explotación
174	5. La lucha por la jornada de trabajo normal. Leyes coercitivas para la prolongación de la jornada de trabajo desde la mitad del siglo XIV hasta el final del siglo XVII
181	7. La lucha por la jornada de trabajo normal. Re- percusión de la legislación fabril inglesa en otros países
186	Sección cuarta. La producción de la plusvalía relativa
186	Capítulo décimo. Concepto de la plusvalía relativa
198	Capítulo decimoprimer. Cooperación
207	Capítulo decimosegundo. División del trabajo y manu- factura
207	1. Origen doble de la manufactura
209	3. Las dos formas básicas de la manufactura: manu- factura heterogénea y manufactura orgánica
213	4. División del trabajo dentro de la manufactura y división del trabajo dentro de la sociedad
221	5. El carácter capitalista de la manufactura

225	Capítulo decimotercero. Maquinaria y gran industria
225	1. Desarrollo de la maquinaria
229	3. Efectos más inmediatos de la producción maquinista en el trabajador
229	a) Apropiación de fuerzas de trabajo excedentarias por el capital. Trabajo de mujeres y niños
231	b) Prolongación de la jornada de trabajo
234	c) Intensificación del trabajo
236	4. La fábrica
241	5. La lucha entre el obrero y la máquina
244	9. Legislación fabril. (Cláusulas sobre sanidad y educación.) Su generalización en Inglaterra
252	10. Gran industria y agricultura
255	Sección quinta. La producción de la plusvalía absoluta y relativa
255	Capítulo decimocuarto. Plusvalía absoluta y plusvalía relativa
260	Sección sexta. El salario
260	Capítulo decimoséptimo. Conversión de valor o precio de la fuerza de trabajo en salario
264	Sección séptima. El proceso de acumulación del capital
266	Capítulo vigésimo primero. Reproducción simple
277	Capítulo vigésimo segundo. Conversión de plusvalía en capital
277	1. Proceso de producción capitalista a escala ampliada. Mutación de las leyes de propiedad de la producción de mercancías en leyes de la apropiación capitalista

288	Capítulo vigésimo tercero. La ley general de la acumulación capitalista
288	1. Aumento de la demanda de fuerza de trabajo al aumentar la acumulación, con la misma composición del capital
293	2. Disminución relativa de la parte variable del capital en el curso de la acumulación y de la concentración que la acompaña
302	3. Producción progresiva de una sobrepoblación relativa o ejército industrial de reserva
310	4. Diversas formas de existencia de la sobrepoblación relativa. La ley general de la acumulación capitalista
315	Capítulo vigésimo cuarto. La llamada acumulación originaria
315	1. El secreto de la acumulación originaria
320	2. Expropiación de la población rural de la tierra
333	3. Legislación sanguinaria contra los expropiados desde el final del siglo xv. Leyes para mantener bajo el salario del trabajo
342	6. Génesis del capitalista industrial
346	Capítulo vigésimo quinto. La teoría moderna de la colonización
360	[Conclusión del Libro I]. Tendencia histórica de la acumulación capitalista
	Libro segundo. El proceso de circulación del capital
367	Sección primera. Las metamorfosis del capital y el ciclo de ellas
367	Capítulo primero. El ciclo del capital-dinero

- 373 Capítulo segundo. El ciclo del capital productivo
- 374 Capítulo tercero. El ciclo del capital-mercancía
- 378 Capítulo cuarto. Las tres figuras del proceso cíclico
- 390 Sección tercera. La reproducción y circulación del
capital social conjunto
- 390 Capítulo decimoctavo. Introducción
- 390 1. Objetivo de la investigación
- 393 Capítulo vigésimo. Reproducción simple
- 393 1. Planteamiento de la cuestión
- 498 2. Los dos sectores de la producción social
- 402 3. El intercambio entre los dos sectores: I (v + p)
por IIc
- 408 4. El intercambio dentro del sector II. Medios de
vida necesarios y medios de lujo

Libro tercero. El proceso global de la producción capitalista

- 425 Sección primera. La transformación de la plusvalía en
beneficio y de la tasa de plusvalía en tasa de beneficio
- 425 Capítulo primero. Precio de coste y beneficio
- 435 Capítulo segundo. La tasa de beneficio
- 440 Sección segunda. La conversión del beneficio en
beneficio medio
- 440 Capítulo octavo. Composición diferente de los capitales
en diferentes ramas de la producción y consiguiente di-
ferencia entre las tasas de beneficio
- 445 Capítulo noveno. Formación de una tasa general de be-
neficio (tasa media de beneficio) y transformación de los

valores de las mercancías en precios de producción

- 457 Sección tercera. Ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio
- 457 Capítulo decimotercero. La ley en sí
- 463 Capítulo decimocuarto. Causas contrarrestantes
- 464 1. Aumento del grado de explotación del trabajo
- 465 2. Compresión del salario por debajo de su valor
- 466 3. Abaratamiento de los elementos del capital constante
- 467 4. La sobrepoblación relativa
- 468 5. El comercio exterior
- 469 6. El aumento del capital por acciones
- 470 Capítulo decimoquinto. Despliegue de las contradicciones internas de la ley
- 470 1. Generalidades
- 474 2. Conflicto entre ampliación de la producción y valorización
- 478 3. Exceso de capital con exceso de población
- 485 4. Complementos

Apéndices

- 489 Pesos y medidas
- 491 Índice completo de los tres libros de *El capital*
- 503 Notas
- 511 Índice de conceptos

Introducción

Ningún autor en la historia de las ideas ha tenido una influencia política tan explosiva e inmediata como Karl Marx (1818-1883). La onda expansiva de su legado intelectual sólo puede compararse al efecto de los textos de las grandes religiones monoteístas. La recepción de sus ideas es un componente esencial de la gran falla ideológica que configuró la geología política de los siglos XIX y XX, un período de cambios sociales y culturales de proporciones neolíticas. El nombre de Marx ha sido invocado asidua e inflamadamente, por sus partidarios lo mismo que por sus detractores, en los procesos de conquista de derechos sociales que hoy consideramos irrenunciables, pero también como justificación del despliegue de armamento nuclear suficiente para volar el planeta en mil pedazos; en las experiencias artísticas más arriesgadas y sublimes, pero también como enemigo a batir por toda clase de oscuros proyectos reaccionarios.

Paradójicamente los especialistas se muestran casi unánimes –y el campo de los estudios marxistas no es precisa-

mente proclive al consenso— a la hora de cuestionar cualquier relación entre la obra de Marx y los actos y las doctrinas de buena parte de quienes se declararon sus herederos, por no hablar de las atribuciones de sus críticos. Por supuesto, resulta absurda la idea de que Marx —un pensador riguroso y jaranero, comprometido y bohemio, de erudición enciclopédica y pronunciada sensibilidad artística— guarde la más remota relación con el medio ambiente intelectual oficial de lo que se dio en llamar «socialismo real», una excrecencia cultural freudianamente siniestra desde su nacimiento. Pero incluso en aquellos casos en los que sus tesis se utilizaron como arma política en causas de nobleza incuestionable, es muy probable que el entusiasmo y la urgencia hayan podido al rigor. La edición y el estudio de los textos de Marx han estado tradicionalmente a cargo de activistas y han sido una empresa ardua, peligrosa o incluso clandestina, que ha tenido más que ver con la militancia política que con la actividad académica al uso. La ideologización de la difusión de las doctrinas marxistas ha contribuido a que la vehemencia y la impaciencia, cuando no el puro dogmatismo, caractericen algunas de sus interpretaciones dominantes. En este contexto, no es raro que disputas menores en torno a asuntos extremadamente técnicos den pie a graves acusaciones cruzadas de reformismo (o radicalismo utopista), sintonía con los intereses del capital (o con el estalinismo), economicismo (o voluntarismo) y un largo y exasperante etcétera.

Y, sin embargo, también hay algo justo, tal vez poéticamente justo, en esta recepción tan convulsa. Porque Karl Marx es uno de los fundadores de las ciencias sociales pero, además, es un autor crucial para comprender la modernidad. Ambos aspectos se traban en sus textos inextri-

cablemente. Marx es tan característicamente moderno como la penicilina, la radio, el arte abstracto o el alumbrado de las calles. Su diagnóstico y explicación de la sociedad industrial están profundamente imbricados en una percepción de su época, común a sus contemporáneos, como un momento épico y de aurora, contradictorio y conflictivo pero también esperanzador; un tiempo en cierto sentido atroz, pero con el que, en cualquier caso, había que comprometerse, sobre el que no se podía renunciar a intervenir. Lo característicamente marxista no es tanto ese evolucionismo historicista que la crítica contemporánea ha subrayado ad nauseam cuanto la idea de que existe un futuro que proyectar, que hay grandes transformaciones que afectan a dimensiones cardinales de la vida social que merece la pena emprender. Marx forma parte de una constelación de sentido fáustica en la que los disparos de la Comuna parisina resuenan en las novelas de Dostoyevski, versos de Leopardi musicados por Stravinski se convierten en himnos sufragistas y grandes murales constructivistas adornan los edificios de acero y cristal de una ciudad jardín. Marx resulta impenetrable desde el melancólico cinismo postmoderno, para el que es al mismo tiempo demasiado optimista y demasiado pesimista. Por un lado, no creía que el ser humano fuera lo suficientemente virtuoso como para que la mera voluntad moral pudiera dar lugar a un mundo justo. La mejora de las condiciones materiales a través de un uso colectivamente inteligente del desarrollo tecnológico es una condición de posibilidad de una igualdad política no heroica, es decir, factible. Por otro lado, confiaba en que no seríamos tan necios como para seguir soporandando indefinidamente un uso socialmente subóptimo de la tecnología que nos impide desplegar nuestros mejo-

res potenciales como personas. Creyó que los desheredados tendrían el empeño, del que la burguesía carecía, para aprovechar las oportunidades que nos ofrece la marcha atronadora de la razón científica y política. Es esta mezcla de análisis sociológico, crítica radical, agudeza filosófica y esperanza milenarista la que ha convertido el legado de Marx en protagonista, y no sólo testigo, de su época, sea o no aún la nuestra. Por muy necesaria que resulte su recepción académica forense, con ella también se pierde algo fundamental. Por eso hay algo profundamente verdadero en la imagen de un guerrillero estudiando economía política en medio de la jungla.

El capital recoge enteramente esta tensión del pensamiento marxista. Así, ha dado pie a lecturas tan opuestas que resulta difícil creer que se refieran a la misma obra: tratados de economía matemática exquisitamente formales, vehementes libelos políticos, análisis literarios, ensayos de metafísica... *El capital* contiene esas perspectivas y otras muchas. Es una gigantomaquia teórica que trata de encontrar núcleos estables de inteligibilidad en el caos del proceso de industrialización, una dinámica histórica acelerada que simultáneamente trastocó de arriba abajo regularidades culturales milenarias y sacó a la luz la densidad y la potencia misma del vínculo social. *El capital* se enfrenta a una experiencia novedosa y ubicua en el mundo moderno: por primera vez en la historia de la humanidad, de forma generalizada las grandes cuitas colectivas no pertenecen al orden de la necesidad natural –como las sequías, las epidemias o los terremotos–, sino que son consecuencia de una organización social y cultural manifiestamente contingente que admite no sólo la explicación racional sino, sobre todo, la innovación práctica.

1. La obra de una vida

Por paradójico que resulte para cualquiera que se haya topado con las miles de páginas que componen las obras completas de Marx, a menudo se dice, no sin razón, que es el autor de una única obra inconclusa: *El capital*. Fue un ensayista prolijo y brillante, pero escribió de forma poco sistemática y con frecuencia motivado por urgencias políticas o enfrentamientos personales. *El capital*, en cambio, es la obra de una vida, el resultado de un esfuerzo intelectual continuado que se prolongó a lo largo de más de tres décadas de frecuentar la filosofía, la economía, la sociología, la estadística, la historia o la teoría política e implicó tanto una transformación intelectual personal como una intervención profundamente renovadora en esas disciplinas.

Karl Marx nació en 1818 en Tréveris (Alemania), en el seno de una familia de origen judío que se había convertido al protestantismo para escapar a la discriminación religiosa. Tras un breve y turbulento paso por la Universidad de Bonn, en 1836 se trasladó a la Universidad de Berlín, donde entró en contacto con un fogoso círculo reformista muy influenciado por la herencia de Hegel y políticamente cercano a la burguesía demócrata. La actividad antagonista alemana del momento consistía en una irrepetible mezcla de especulación bíblica, nacionalismo romántico y preocupaciones morales estetizantes que, aunque hoy resulte extravagante, era observada con recelo por las autoridades prusianas. Durante algún tiempo Marx coqueteó con la idea de dedicarse a la poesía pero, por fortuna para las ciencias sociales y la literatura (se conservan algunos de sus poemas juveniles), pronto se decantó por la prosa y en 1842 empezó a publicar en la *Gaceta Renana*, un periódico progresis-

ta del que ese mismo año se convertiría en director. A través del periodismo Marx se interesó por cuestiones políticas mucho más mundanas y urgentes que las que ocupaban a la izquierda hegeliana. Se formó en un estilo de investigación y escritura directo e incisivo con el que en las décadas posteriores, y destacadamente en algunas páginas de *El capital*, dio lo mejor de sí mismo. Además, inició una evolución desde posiciones reformistas y liberales –se mostraba preocupado por los desfavorecidos pero poco proclive a considerarlos sujetos políticos activos–, hacia la defensa del uso cooperativo de los recursos económicos y la democracia radical, elementos de consenso del magma de doctrinas que entonces se denominaban «socialismo» o «comunismo».

El estado prusiano clausuró la *Gaceta Renana* en 1843 y Marx, tras casarse con Jenny von Westphalen, su amor de juventud, se trasladó a París a finales de año con el proyecto de fundar una nueva revista: los *Anuarios Francoalemanes*. La capital francesa era el epicentro de la actividad revolucionaria europea y contaba con una amplia representación de trabajadores emigrantes alemanes. Los meses que Marx pasó allí resultaron arrebatadores y decisivos. Fue entonces cuando Marx se declaró abiertamente comunista, trabó contacto con las organizaciones obreras clandestinas –en especial con la Liga de los Justos, una sociedad secreta de artesanos alemanes– e inició su decisiva amistad con Friedrich Engels, con el que escribió *La sagrada familia* (1844), un ajuste de cuentas con los hegelianos de izquierdas. Tan sólo logró editar un número de los *Anuarios*, que incluía un artículo sobre la filosofía del derecho de Hegel en el que por primera vez se presenta al proletariado como artífice de la emancipación social. De estos años datan también un conjunto de escritos incompletos conocidos como *Manus-*

critos de París (1844) que permanecieron inéditos hasta 1932 y que constituyen el primer testimonio de su interés por la economía política y el trabajo asalariado. Es el inicio de un itinerario teórico que se prolongará durante el resto de su vida y culminará con *El capital*.

En febrero de 1845 las autoridades francesas, presionadas por el gobierno alemán, expulsan del país a Marx, que se traslada a Bruselas. Allí redobra su actividad. Escribe las famosas y unánimemente sobreinterpretadas *Tesis sobre Feuerbach* (1845) y una evaluación crítica del socialismo utópico bastante injusta, aunque importante en algunos de sus aspectos propositivos, titulada *Miseria de la filosofía* (1847). Entre 1845 y 1846 trabaja con Engels en *La ideología alemana*, una continuación de *La sagrada familia* que puede considerarse el escrito fundacional del materialismo histórico. Desgraciadamente, este texto prometedor en el que se perciben destellos filosóficos de gran calado quedó inacabado –sólo vio la luz pública en 1926– y plantea importantes problemas de interpretación que obligan a utilizarlo con muchas precauciones. Además, en Bruselas Marx asume su primer compromiso editorial para publicar una obra de economía política. No cumplirá el encargo, iniciando una dinámica significativa. La dilación en la conclusión de la obra de economía, que el propio Marx creía que apenas le ocuparía unos meses, se irá mostrando sintomática de un problema de orden científico. Es cierto, no obstante, que son años políticamente tumultuosos, en los que Marx y Engels crean el Comité de Correspondencia de Bruselas –una organización de coordinación de la política antagonista europea–, cultivan las relaciones con el cartismo británico e impulsan la conversión de la Liga de los Justos en la Liga Comunista, que les encarga la redacción del *Manifiesto*

comunista (1848), una obra maestra del ensayo político y posiblemente el panfleto más eficaz de la historia. La revolución parece inminente y la naturaleza de las asociaciones obreras está experimentando un cambio profundo. Los clubes de trabajadores, las sociedades secretas, los proyectos utópicos y las organizaciones ecuménicas que buscan la armonía social van dando paso a organizaciones proletarias formales, públicas y abiertamente partidistas que, además, cultivan la investigación social como herramienta de innovación política.

En 1848 una oleada de insurrecciones populares y procesos revolucionarios conmocionó Europa. Fue el resultado –largamente temido por los gobiernos de todo el continente– de los graves desequilibrios que había generado el proceso de industrialización, hasta el punto de que se suele considerar la derrota de estas sublevaciones como el punto final de la fase inaugural del capitalismo. Tan pronto como la revuelta estalla en París, Marx abandona Bruselas en dirección a la capital francesa para, pocos meses después, emprender viaje a Colonia. Allí se pone al frente de la *Nueva Gaceta Renana*, un periódico con el que Marx trata de consolidar la presencia pública de las ideas radicales incidiendo sobre un público demócrata más amplio. Tras el triunfo de la reacción, en mayo de 1849, Marx se exilia en Londres, donde permanecerá hasta su muerte, y abandona la política activa durante tres lustros. En los primeros años londinenses escribió algunos análisis históricos importantes sobre los acontecimientos posteriores a 1848 –por un lado, los textos que Engels recopiló en 1895 bajo el título de *La lucha de clases en Francia* (1850) y, por otro, *El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte* (1852)– a los que seguirán una gran cantidad de colaboraciones en la prensa, entre las que

destacan sus artículos como corresponsal europeo del periódico estadounidense *New York Daily Tribune* entre 1852 y 1862. Sin embargo, lo más relevante de este período es su atormentada entrega al estudio de la economía política, jalonada por innumerables achaques y desventuras pecuniarías y familiares, que ha pasado a la historia como una auténtica epopeya ilustrada. En junio de 1850, Marx consiguió un permiso para acceder a la Sala de lectura del Museo Británico, donde los siguientes quince años pasó una cantidad portentosa de horas de estudio que se plasmaron en miles de páginas manuscritas quintaesenciadas en *El capital*.

Los esfuerzos de Marx se pueden observar a través de varios escritos de transición. En primer lugar, entre 1857 y 1858 Marx redacta los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (más conocidos como *Grundrisse*), un pantagruélico manuscrito inacabado que, cuando se dio a conocer en Occidente en los años sesenta del siglo XX, desencadenó un torrente de comentarios. En los *Grundrisse* Marx utiliza un lenguaje más especulativo y menos contenido que en *El capital*, y, aunque de lectura muy farragosa, a menudo resultan iluminadores y muy sugerentes. En segundo lugar, Marx publicó en 1859 una *Contribución a la crítica de la economía política*, que fue recibida con justicia como una obra decepcionante y poco enjundiosa que de ningún modo cumplía las expectativas que se habían depositado en sus investigaciones. De hecho, es un ensayo más conocido por su prólogo, donde Marx expone la formulación canónica de su teoría de la historia. En tercer lugar, entre 1861 y 1863 Marx redactó un manuscrito descomunal compuesto por más de veinte cuadernos de notas dedicados en su mayor parte al análisis de las doctrinas económicas. Karl Kautsky publicó una parte a principios del siglo XX

bajo el título de *Teorías de la plusvalía* como Libro IV de *El capital* que, según el plan de Marx, debía estar dedicado a cuestiones relacionadas con la historia de la economía. Por último, en 1865 Marx escribió un texto titulado *Resultados del proceso inmediato de producción*, pensado para servir de nexo entre el Libro I y el Libro II de *El capital*, pero que en el último momento prefirió no publicar.

Tras innumerables retrasos, reescrituras y dudas, Marx se decidió a centrar sus esfuerzos en la publicación del primer volumen de *El capital* antes de concluir los siguientes. La tercera semana de septiembre de 1867, salía de la imprenta una humilde tirada de mil ejemplares del Libro I de *El capital. Crítica de la economía política*. Marx tenía 49 años y llevaba casi 25 trabajando en la obra. El texto se publicó en alemán en la editorial Wigand y su repercusión inmediata fue modestísima: la primera edición tardó cuatro años en agotarse. Antes de la publicación del Libro I, Marx ya había trabajado en los borradores de los Libros II y III. Durante los diez años siguientes Marx siguió investigando desesperadamente con vistas a completar ambos volúmenes y tomó más de tres mil páginas de notas. Fue en vano, en parte a causa de su mala salud y en parte por una creciente incapacidad para sintetizar los resultados de sus estudios. A modo de ejemplo, llegó a aprender ruso para estudiar la evolución de la agricultura en ese país y, tras su muerte, se encontraron en su estudio enormes pilas de papeles que únicamente contenían estadísticas rusas. El retraso se explica también en parte porque desde 1864 Marx volvió a la política activa, desempeñando un papel protagonista en la Asociación Internacional de Trabajadores. En los últimos años de su vida escribió *La guerra civil en Francia* (1871) –un texto muy difundido sobre el levantamiento revolucionario de

París de 1871– y la famosa *Crítica del programa de Gotha* (1875), y se interesó por la etnología y las posibilidades de cambio político en las sociedades tradicionales. Marx confió a Engels la hercúlea labor de, tras su muerte, en 1883, destilar un texto coherente a partir de su caótica montaña de apuntes para los siguientes volúmenes de *El capital*. Así, el Libro II vio la luz en 1885, mientras que el Libro III requirió nueve años de trabajo más y se publicó en 1894.

2. *El capital*: dificultades de interpretación

En cierta ocasión, Marx, con envidiable optimismo, describió *El capital* como un «obús dirigido al estómago de la clase capitalista». Incluso sus intérpretes más caritativos estarán de acuerdo en que al menos algunas de sus páginas apuntan mayormente a la cabeza de sus lectores. *El capital* es un análisis de las relaciones de producción capitalistas que pretendía servir a la causa de la clase obrera; sin embargo, una lectura cabal de la obra requería conocimientos de los clásicos grecolatinos en sus lenguas originales, historia, economía, filosofía, literatura, política internacional y varios idiomas modernos. Además, algunos de los ejemplos numéricos de *El capital* parecen elaborados cuidadosamente con el único propósito de sembrar el desconcierto. En sus momentos más inspirados, Marx es uno de los mejores ensayistas de su tiempo, brillante, ingenioso y conmovedor; en otras ocasiones es oscuro, pomposo y repetitivo. Desde muy joven adoleció de una incapacidad manifiesta para evaluar el tiempo y la dedicación que merecían ciertos temas. La teoría de la historia queda ventilada en pocos párrafos; el ataque a Karl Vogt, un político alemán del que

apenas queda recuerdo, le obsesionó casi dos años y mereció cientos de páginas vitriólicas. A veces también *El capital* se desliza peligrosamente hacia el ajuste de cuentas. La exposición inicial de la teoría del valor, por ejemplo, tiene algo de alarde teórico dirigido a poner de manifiesto la indignancia filosófica de los economistas de la época.

Por si esto fuera poco, ni siquiera está completamente claro qué escritos componen *El capital*. El proyecto de la obra fue variando mucho a lo largo del tiempo, lo que ha dado pie a un largo y escasamente interesante debate. En su última, aunque no necesariamente definitiva, versión, Marx proyectó *El capital* en cuatro libros, de los cuales sólo editó y revisó exhaustivamente el primero. Es más que discutible si hubiera aceptado las versiones de los Libros II y III en el estado en que Engels decidió que vieran la luz. Las *Teorías de la plusvalía*, que Kautsky publicó como Libro IV, nunca se incluyen en las ediciones de *El capital* y sólo sirven para dar una idea de los materiales de trabajo de Marx. Todo ello hace altamente recomendable focalizar la atención en el Libro I de *El capital* como la exposición más depurada de la teoría marxista.

El capital es, además, una obra hondamente íntima. Refleja el periplo intelectual de toda una vida, una pelea conceptual con un amplio conjunto de disciplinas y una exploración de sus límites. Si *El capital* se entiende como una obra de economía, de sociología, de teoría política o de historia, no deja de ser una pieza de museo de la época heroica de las ciencias sociales. Lo que le proporciona su potencia paradigmática es el modo en que organiza todas esas perspectivas de un modo no rapsódico, es decir, no como una yuxtaposición de puntos de vista, sino como un recorrido coherente por un programa de investigación simultánea-

mente articulado y abierto. El carácter inconcluso de la investigación social es sintomático de su carácter *sui generis*, del modo en que requiere una transformación gnoseológica, un proceso de disolución de las ficciones ideológicas que vedan el acceso al conocimiento, y no sólo una exposición positiva. Marx no se limita a presentar una teoría alternativa a las dominantes, sino que desarrolla sus puntos de vista a través de una crítica dialógica que parte del léxico interno de los saberes hegemónicos para subvertirlos. Así, no tiene nada de trivial el aire kantiano de los títulos de sus obras, que a menudo incluyen la palabra «crítica». En cierto sentido, *El capital* es un ejemplo consumado de obra de arte total y permite una gran cantidad de lecturas distintas (aunque no *cualquier* lectura). Siempre que se privilegia alguno de los hilos que propone, no se pierde tanto algún aspecto concreto cuanto la estructura profunda de la obra. No obstante, cabe hacer un puñado de puntualizaciones básicas que pueden ayudar a evitar algunas interpretaciones frecuentes basadas en malentendidos agotadores e infecundos.

Marx no es el autor de ninguna teoría o metodología denominada «materialismo dialéctico» o, al menos, no la expone en *El capital*. Es objeto de discusión (y el propio Marx es muy ambiguo al respecto) si alguna clase de lógica no convencional –dialéctica o de cualquier otro tipo– puede enriquecer la lectura de *El capital*. Lo que es incuestionable es que la obra se puede entender acabadamente sin necesidad de recurrir a esos dispositivos conceptuales idiosincrásicos. Las palabras «dialéctica» y «contradicción» aparecen en ella esporádicamente, pero siempre aluden a un dilema práctico o a alguna clase de conflicto material o ideológico, como cuando un empresario desea al mismo tiempo que